

Y LOS DIOS
ATROPELLARON

Y LOS DIOSES
ATROPELLARON

Susana Biset



VESTALES

© Editorial Vestales, 2014

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Biset, Susana

Y los dioses atropellaron, 1.^a ed, San Martín: Vestales, 2014.

320 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-95-4

1. Narrativa. 2. Novela . I. Título

CDD 863

ISBN 978-987-1405-95-4

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*La nave altiva: lanza un grito del cielo que retiembla,
llega a la costa y, agarrando al río por la erizada crin,
en él se sienta.*

Juan José Zorrilla de San Martín, *Tabaré*.

CAPÍTULO I

Estuario del Río de la Plata,
fines del invierno de 1535.

KARITA SALIÓ DE SU TIENDA Y MIRÓ HACIA EL CAMPO.
—¡Buen día, tierra hermosa! —exclamó encantada en lengua querandí.

La pampa que los rodeaba y que auguraba promesas a punto de estallar en certeza refulgía con tonos oro y verde, deslumbrante y enceguedora. La mañana se elevaba esplendorosa y a su alrededor la incipiente primavera asomaba en cada partícula de brizna. Aun así, el aire congelaba y, si no brillaba la escarcha sobre la hierba, era porque la noche anterior había estado nublado.

A la joven la sacudió un involuntario temblor; las sandalias con cordones de cuero no la protegían mucho, y el rocío le mojaba los pies a medida que avanzaba. Entonces se abrazó con fuerza para intentar mantener un poco más el calor del cuerpo.

—¡Cuánto frío hace!

Regresó sobre sus pasos a los saltitos, entró nuevamente al toldo y buscó el quillango. No quería permanecer tiritando hasta que el sol finalmente entibiara el día.

Afuera, los hombres ya debatían en grupos, sentados o acucillados junto a un fuego avivado poco antes. Mientras, consumían grandes trozos de carne de venado cruda.

Entre ellos, Karita descubrió a su marido y sonrió complacida. Lo amaba igual que al sol cuando amanecía y alumbraba la estepa porque sabía que siempre estaría allí para cuidarla, protegerla y hacer de su matrimonio una invalorable relación de compañerismo y cariño tal como lo habían sido desde que nacieron: hermanos de sentimientos.

Todo la llenaba de mucha paz.

En realidad, la vida entera de los querandíes estaba repleta de tranquilidad y alegres vivencias. Ellos decían que, si conocían bien el entorno que los rodeaba, con los peligros que poseía y que, si tenían cuidado y se conducían con cordura, entonces nada malo podía sucederles. A no ser por los esporádicos imprevistos que eran afrontados como parte de su transcurrir y de su destino marcado de antemano. En esos momentos, culpaban al espíritu malo, Gualichu, o al hechicero de turno; y procedían a eliminarlo de inmediato. Si no, le reclamaban al dios bueno, Soychu, para que intercediera y cambiara el momento negativo que estaban padeciendo.

La tribu querandí era bondadosa, cordial, y no se agitaba jamás por inconveniente alguno. La llanura les brindaba cuanto requería para su sustento y supervivencia, y el clima era benigno. Los varones cuidaban de las mujeres y de los hijos con sumo celo, y el grupo completo mantenía una buena relación con los demás nativos de la zona, que eran muchos y nume-

rosos, e incluso con las otras etnias: timbúes, comechingones, guaraníes, puelches, tehuelches, araucanos, mocovíes... Tanto así, que ni siquiera existían diferencias sociales en sus grupos.

Todos los habitantes eran considerados como iguales. También los visitantes, aquellos que venían de lejos y que se querían aquerenciar y unirse a alguna de las tribus, podían hacerlo sin condicionamiento ni segregación. La armonía abarcaba todos los ámbitos, y la vida en el extenso valle del sur americano era un lugar apacible donde permanecer.

Karita volvió a observar a su marido, que se encontraba ensimismado en una conversación que ella suponía debía de tratarse sobre la posibilidad de trasladarse a las tierras del interior.

Durante la época invernal, permanecían junto al río o a las aguadas y en el verano, como había más lluvias y por ello se formaban lagunas, se internaban en el desierto.

En la estepa, al no ser molestados ni acosados periódicamente, los animales se multiplicaban de a cientos, lo que aumentaba las manadas que recorrían la llanura a su antojo. Así, durante el invierno, las pampas volvían a poblarse de especímenes que servirían para la futura caza estival. Cuando llegaba el calor, ciervos, ñandúes, liebres y perdices eran perseguidos sin que el excelente físico de los nativos denotase cansancio. Los querandíes eran buenos corredores y podían cubrir varias leguas en un solo día.

La muchacha observó durante un instante más a los hombres. Entre ellos existía un cacique y un capitanejo –como Puilcha–, pero su autoridad no era absoluta; eran catalogados como humanos y, por ende, imperfectos, igual que cualquiera de los demás. Claro que ella no pensaba inmiscuirse ni

interrumpirlos, los dejaría hacer y decidir de acuerdo con su voluntad. En esos temas ni las mujeres, ni los adolescentes se metían. Las labores estaban muy bien organizadas; los hombres se dedicaban a cazar, cuidar de la tribu y decidir sobre los traslados. Las mujeres cocinaban, confeccionaban prendas, hacían cacharros de barro y educaban a los niños.

Karita se arropó mejor en su abrigada manta y se olvidó del debate de los hombres; continuó caminando hacia el brazo más pequeño del enorme río que tenían delante. Uno cuya corriente era de color terroso oscuro como sus ojos. Una vez allí, se lavó la cara, se enjuagó la boca, bebió y, por último, se peinó la cabellera con algunas espinas atadas entre sí. Después la volvió a trenzar fuertemente con una cuerda de finos tientos coloreados, y se dejó las guedejas coquetamente acomodadas sobre la espalda.

Al final, recogió agua en un cráneo vacío. Le gustaba tener un poco de líquido a mano dentro de la tienda por si la necesitaba para cocinar, beber, lavar o limpiar.

No era tan temprano, pero, como aún no tenía hijos, Karita podía permitirse el lujo de dormir más de lo acostumbrado. Su marido, al verla sobre el camastro desperezándose con modorra, solía hacerle chanzas: “¿Me cocinarás hoy o espero hasta mañana o a que el buen espíritu de la tierra me provea de alimento?”. Otras le preguntaba: “¿Quieres que vaya a lo de tu hermana para recibir atención?”. Karita solía tirarle con lo primero que tenía a mano: un palo, un cuero o un guijarro.

Aquel día ella pretendía recorrer los alrededores para meterse entre los altos pajonales en busca de huevos de ñandú. Sabía que, cuando encontrara un nido, tendría más que suficiente para varios toldos. Cada puesta contaba con quin-

ce o veinte huevos y cada uno era tan grande como su mano abierta.

—¡Hola, Karita! —gritó un chiquillo de cabellos rebeldes y aspecto desgreñado.

—Hola, Cachorro de Perdiz.

Era el hijo menor de la vecina.

Por alguna razón, el mocoso había quedado chiquito y cariñosamente todos lo llamaban así.

—¿A dónde iremos hoy? —le preguntó mientras le rodeaba la pierna en gesto cariñoso.

Luego se aferró a la mano de la joven, dispuesto a partir a donde fuera que ella se dirigiese esa mañana.

—¿Quieres que vayamos con los demás niños a buscar huevos de ñandú?

—¡Vamos, vamos! —Saltó contento y la siguió hacia las demás tiendas.

Pasaron por cada una para convocar a los chiquillos. Buscaban a los más pequeños y ociosos, para así aliviar la tarea de sus madres, quienes debían vigilarlos constantemente.

Los peligros abundaban: yagaretés, tigres, leones, gatos monteses y perros cimarrones habitaban entre los pajonales que los rodeaban. Depredadores que siempre andaban cerca de la tribu buscando con qué alimentarse, así se tratara de restos de comida despreciados por los nativos o algún bebé descuidado momentáneamente.

—Gracias, Karita —exclamaron algunas al verla llevarse a los revoltosos—. No sé qué haríamos sin tu ánimo aventurero.

Otra cantó alegrías al aire.

—¡Bienvenida, muchacha! Hoy los dioses han inflado a mis hijos con tanta energía, que ya me dieron vuelta los sacos con comida y tiraron abajo dos parantes.

Así siguieron; varios niños se unieron a la iniciativa. La acompañaban jubilosos mientras sus progenitoras los empujaban felices con las escobas para alejarlos de sus moradas. Pronto, entre varones y niñas formaron una alegre banda de una docena de inquietos chiquillos, aunque, con su alharaca infernal, hacían parecer mucho mayor el número de la comitiva.

—¿Adónde iremos hoy? —preguntó alguno.

—A buscar huevos grandes —exclamó Cachorro de Perdz, orgulloso por ser el vocero del grupo.

Cuando el sol comenzó a calentar, ya estaban listos para iniciar la caminata hacia el tupido pajonal. Hicieron un poquito de silencio y se metieron a escudriñarlo minuciosamente.

Los niños, por indicación de los mayores, iban en lotes de tres o cuatro y el incesante cuchicheo le indicaba a la muchacha dónde se encontraban. No quería perderlos porque algunos eran muy pequeños; ¡si apenas podían desplazarse entre tanto yuyerío! Y, de vez en cuando, los de más edad debían levantarlos en andas para que sortearan un obstáculo imposible, dada su corta estatura y su inestable andar.

—No olviden cuidarse de las víboras —les recordó.

Entre la hierba, las serpientes y las culebras les provocaban más de un susto. Karita solía detenerse a observarlos correr y saltar entre los escollos que se les presentaban —principalmente a causa de su corta estatura— y le producía un ataque de ternura el notarlos cansados y un poco asustados al persistir en su empeño por seguir a los más grandes. Entonces

ella se detenía y les hacía algunos mimos que los alentaban a continuar la marcha. A Cachorro de Perdiz lo cargaba sobre los hombros: era el privilegiado, la mascota del grupo.

—¿Allí ves mejor?

—¡Karita! —gritaba él—. ¡Todo, todo!

Para cuando rayaba la hora más calurosa ya habían encontrado tres lindos nidos. Guardaron los huevos en los morrales que colgaban de la espalda de los mayores. Luego, iniciaron el regreso hacia la toltería porque algunos ya comenzaban a tener hambre y sed.

En el camino, metidos en medio de pastos tan altos como sus cabezas, uno de los varones escuchó un leve rugido. De inmediato detuvo la marcha y se puso atento.

Karita iba cerca de él y, al notar el cambio en su actitud distendida, con un agudo silbido alertó al resto. El grupo entero supo de inmediato que algo peligroso los acechaba. Todos clavaron los pies y estiraron el cuello para intentar ver más. Ella los hizo permanecer inmóviles y en silencio. Necesitaba saber qué había inquietado al muchacho y obrar de acuerdo a ello.

Cachorro de Perdiz aún estaba sobre su espalda. Karita se agachó con lentitud y horadó con la vista el paisaje que tenían delante y a los costados, pero poco se podía ver entre tanto matorral. El sonido de las chicharras y el trino de los pájaros que casualmente surcaban el cielo eran los únicos sonidos que se percibían. Todos retenían la respiración y, al no comprender cuál era el espeluzno oculto entre la paja, los chiquillos agrandaron sus pupilas, pues comenzaron a asustarse de verdad.

De improviso, algunos yuyos secos se doblaron, y el silencio se resquebrajó. La muchacha se preparó, sabía que los

intrusos se acercaban y que el ataque era inminente. Por el sonido que producían, supuso que debían de ser un par de yagaretés. Habían descubierto al grupo y caminaban derecho hacia ellos.

Al notar que Karita y los más adultos se llevaban la mano a la cintura, al lugar donde tenían guardados los cuchillos, los pequeños se dieron cuenta de que una amenaza los estaba acechando y se aterrorizaron aún más. Tragaron fuerte y comenzaron a recular para protegerse contra las espaldas de los demás. La nativa no se amilanó; sabía que los felinos se espantarían si había mucho ruido en derredor. Miró a los niños que tenía más cerca y les hizo un ademán con la mano para que, a su voz, iniciaran la jarana. Segundos más tarde, comenzó a gritar y a zamarrear un adorno hecho de huesos, cobre y semillas que siempre llevaba colgado al cuello.

—¡Fuera, fuera! —vociferó con voz aguda.

Los demás chiquillos hicieron lo mismo: golpearon las palmas, aullaron, entrechocaron palos, saltaron. Todo ello provocó un barullo tremendo, los animales salvajes huyeron despavoridos y desistieron de su intención de atrapar a uno de ellos.

El pobre Cachorro de Perdiz, que aún estaba sobre los hombros de la querandí, se aferró lleno de pavor a su cabello y le clavó las uñas en el cuero.

—Ya pasó, Cachorro, todo está bien —le dijo y lo palmeó en la espalda.

El niño continuaba prendido a su cabeza con fuerza y por un rato parecía no pensar soltarla.

—Puedes quedarte ahí, no temas, no te bajaré —le dijo Karita tranquilizadora.

Después continuaron su regreso hacia la toldería. El momento de dificultad había sido superado.